

## LA CIENCIA DEL CAUDILLISMO

### LOS CARAMELOS DEL PRESIDENTE

UNA comisión de personajes liberales visitó anteayer al Presidente de la República. A la cabeza de la Comisión iba el Senador Antonio Gonzalo Pérez. Y entre los comisionados, prevalecía el espíritu de concordia. El Presidente recibió a los liberales con muestras de afabilidad; les habló con dulzura; y les inyectó un poco de esperanza. Los comisionados miraron de frente lo porvenir. Pensaron en la libertad. Y pidieron garantías. El Presidente sabe hacerse grato cuando quiere y les bañó el alma de ilusiones. Cada palabra suya se le antojaba a D. Antonio Gonzalo Pérez riquísimo y amelcochado caramelo. Y tantos caramelos, y tan suaves y resbaladizos, les sirvió, a los comisionados, el Presidente, que salieron de Palacio con sed de iniciativas reparadoras. Y si no en derecho, al menos en la práctica, los personajes aludidos integran una especie de nuevo Directorio, base de empresas futuras de reorganización. Se pondrá en movimiento la alta plana, se publicará algún manifiesto declamatorio, y tal vez llegue el impulso al "mitin" de carácter "pacifista", con balcones a la "rectificación", sin decir, desde luego, qué se rectifica. Así lo requiere la patria. Y la patria se lo ha comunicado al Presidente, el Presidente a los liberales que lo visitaron, y estos liberales, mañana, lo harán saber, jubilosos, a toda la República. La vieja maquina se pondrá en pie. Despertarán de su letargo las pequeñas Asambleas de los barrios de la Habana; habrá Convención Municipal; y con ayuda de Dios, Provincial. Por esas paralelas, han de seguir los liberales de toda la Isla a los liberales habaneros; y no padecerán, como ahora padecen, sudores fríos y calambres, los señores de la Cámara que desean reelegirse para otros cuatro años de vida parlamentaria. Un periodo legislativo es poco tiempo. No alcanza para darse a conocer. Y si no se les reeligiera quedarían ignorados y desconocidos en la misteriosa incógnita de los buenos propósitos. El partido Liberal se restablecerá como una sociedad en comandita que por los errores de la gerencia quebró; pero que ha encontrado nuevos prestamistas que respalden a los gerentes; y vuelve a la normalidad mercantil de sus antiguas operaciones. El público

se deja llevar de prejuicios. Y vaticina para no lejano plazo la nueva quiebra. Por donde pasó un día la tempestad, sospecha que pasarán tempestades todos los días.

### LA TERAPEUTICA DEL CAUDILLISMO.

Hay quien atribuye las desdichas actuales al fracaso de la Constitución; hay quien asegura que son los partidos los fracasados; y no faltan observadores que designen, como sus causantes, a los pilotos de los partidos, es decir, a las personas. La Constitución, realmente, no ha jugado papel ninguno. Y no fracasan los ausentes. La Constitución ha sido una vana palabra, usada, en nombre de la legalidad, por los Gobiernos. No es, ni con mucho, una buena Constitución para Cuba. Pero, si ella hubiese regido, no hablaríamos ahora de fracaso. Un gobierno y un pueblo que viven dentro de la ley, aunque la ley no sea sabia, es imposible que fracasen. Porque no son las Constituciones las que triunfan, sino el espíritu de disciplina y la conciencia del derecho los que se imponen y gobiernan. Una ley mala se modifica, una ley insuficiente se amplía. Lo grave es haber vivido sin ley. Y pretender modificar y ampliar la Constitución que no ha existido. Se discute, en privado, y pronto se discutirá en público, si conviene cambiar de Constitución. Y muchos de nuestros políticos profesionales opinarán que es prudente cambiarla. Se formará un grupo reformista. Y surgirán a la polémica distintos programas y proyectos de reforma. Los políticos de profesión encubren con este nervosismo filosófico el desastre de que son responsables. Y cargan en cuenta a la Constitución lo que sólo pertenece a la cuenta que ellos tienen pendiente con el país. En México, las dictaduras tenían por sistema el disfraz de la reforma constitucional. Y como no querían cumplir la Constitución vigente, prometían una nueva Constitución para cumplirla. Así, entiende el caudillismo la ciencia política. Y así pugnan el caudillaje liberal y el caudillaje conservador. Pero ambos conocen que la reforma de una Constitución, que no se ha respetado, implica la burla a todo régimen constitucional, que es, en el periodo activo de nuestra evolución, lo interesante para los directores de la política. Las constituciones, al cabo, se contarán por los gobiernos; y tantas dictaduras equivaldrán a tantas constituciones. Cada Caudillo tendrá una Constitución de su gusto, para convertirla en despojo con apariencias de lega-

2

57

idad. Porque instintivamente aprenden que en una sola Constitución no caben varias dictaduras; y que la Constitución única, buena o mala, concluye, a la postre, en la ruina definitiva del caudillismo.

#### NO EXISTEN LOS PARTIDOS

Los partidos políticos, a su vez, tampoco han fracasado. Porque no han existido propiamente. Hay muchos liberales y muchos conservadores; menos conservadores que liberales. Pero, no hay un partido Liberal, ni un partido Conservador. En torno de los períodos electivos, una fuerza liberal se opone a una fuerza conservadora. Pero, no se contienen dentro de verdaderas organizaciones cívicas: excelente savia nacional que se desperdicia locamente en provecho de las altas clases que usurpan el mandato. Y se acomodan entre sí. El pueblo considera que esos vicios jamás pueden evitarse: y que así ocurre en todos los países. Los directores no intentan descubrir el engaño por que al engaño deben su prosperidad y su omnipotencia. Los candidatos, disgregan los contingentes de su propio partido, y se imponen a las amañadas asambleas. Y cuando el candidato se presenta a sus electores, los electores no lo conocen, pero lo aceptan; no lo estiman, pero votan por él; no esperan de él ventaja alguna, pero lo tienen por el mejor frente al adversario. Una vez electo, rompe sus lazos con el cuerpo electoral. Y procura una sólida posición cerca del Gobierno. La idea del "partido" se desvanece en su imaginación. Y el desastre político de sus correligionarios no le atañe. Porque entre él y sus correligionarios no existe el partido como organización cívica. Mañana intentará reelgirse. Y si no lo reeligen sus electores de ayer, gestiona el sufragio de los que votaron en su contra. Es un actor que sale a escena con el traje que le conviene. Y si en la pasada función hizo de fraile, ahora hace de carabnero. Lo esencial es no perder el derecho a la escena. Ha mudado el traje, pero no el programa. Porque no existen los programas. Y no existiendo los programas no hay tales partidos. En Febrero, el liberalismo vio claramente que había liberales pero no un partido Liberal. Y a eso debió su triunfo el Gobierno conservador. La Revolución fué obra del caudillaje liberal. Y grandes masas de liberales lo secundaron. El caudillaje elimina la fuerza del partido; y el liberalismo corrió la suerte de un Caudillo, falto de la acometividad y la audacia de la juventud. Al partido, de existir, y sublevarse, no lo hubiese derrotado, tan fácilmente, el Gobierno conservador. El General Gómez creyó que él

podía ser la Revolución como había sido el Estado. El General Menocal debe a esto la buena estrella de su Ejército. Porque pudo vencer al General Gómez. Y no hubiese vencido en una batalla, como Caicaje, al partido Liberal.

#### LAS PERSONAS Y LOS PARTIDOS.

El fracaso corresponde a las personas. No a las ideas, ni a las colectividades. La Revolución de Febrero señala un doble fracaso: el de los jefes conservadores en el Gobierno y el de los jefes liberales en la oposición. Y este fracaso es el asiento del caudillaje. El General Gómez entendió que necesitaba desprenderse de toda disciplina cívica para obtener la victoria. El General Menocal discurrió de igual manera. Y se defendió echando a un lado a los conservadores, que tampoco eran—y son ahora menos que nunca—un partido, pero sirviéndose, para clavarse, en la Presidencia, de los "reeleccionistas" que fueron conservadores. De ahí, el afán que agita a los grupos dispersos, entre la gente conservadora, de establecer organismos adicionales, y de vida efímera, que participen de las ventajas del Gobierno; y que todos los intentos y todas las iniciativas, de este género, lleguen moribundas y sin energías, a las puertas cerradas del Palacio donde está el único dominador. Y de ahí, también, que los liberales del Congreso, en el contacto del Gobierno, hayan sentido el mismo anhelo de reconstrucción hacia lo que comprende el tópico de la normalidad. Es decir, volver a lo que éramos antes, a la misma regla y a los mismos métodos que produjeron el fracaso de las personas, afectados, los pseudodirectores de los dos partidos, precisamente, de una necesidad común de rehacer los instrumentos del éxito, que largo tiempo usaron a su arbitrio. Ahora bien; los jefes conservadores persiguen el propósito explicable de someter el Gobierno a su pretendida disciplina; pero los liberales nada tienen que "reconstruir" porque nada habían "construido". Los elementos directivos del liberalismo se condujeron como autócratas y eran en sus procedimientos menos liberales y progresistas que los conservadores. Ellos han sido el dique a la renovación constante e indispensable de sus fuerzas constitutivas, el obstáculo a todo espíritu selectivo y de mejoramiento, los trituradores de la tendencia colectivista y de valoración en el seno de la masa liberal; e insensiblemente fueron creando las instituciones más contrarias a la índole de todo concepto de liberalismo, hasta el extremo de vincular, en

las personas, el derecho a los cargos electivos, muchos de esos directores, congresistas vitalicios, persuadidos de que sólo ellos pueden legislar—como escribe D. Emilio Rabasa, aplicándolo a las presidencias de Santa Anna,— “por una experiencia que demuestra precisamente todo lo contrario.” ¿Es, acaso, que los jefes del liberalismo, desde las posiciones que han conservado, pueden ufanarse de haber sido amparo y resorte de las libertades públicas y de los derechos del propio liberalismo? ¿Es que en nombre de esas libertades reconquistadas y en nombre de la liquidación de Febrero, tienen autoridad para dirigirse a sus antiguos electores y hablarles del partido que ellos mismos entregaron, como exclamaría, en este caso, D. Joaquín Costa, al “caciquismo y a la oligarquía”? ¿Pueden ellos presentar, a los liberales, la prueba de haber sido enérgicos, de haber sido abnegados, de haber sido siempre la expresión genuina del liberalismo, enemigos ingentes del caudillaje que aplasta y pulveriza las organizaciones políticas?

**NO RECONSTRUIR  
SINO EDIFICAR.**

El problema político de Cuba, en estos momentos de crisis, consiste en mirar hacia lo futuro y acumular cimientos para nuevas y positivas orientaciones. No es necesario “reconstruir”, sino “edificar”; como no es preciso “hacer liberales”, sino hacer lo que nunca ha existido, bajo una ortodoxia rígida: el partido Liberal. Un partido Liberal de ancha base, de juventud, de verdaderos ideales políticos, de invulnerable patriotismo; dirigido por la fe en los principios de la democracia y por la fe en los destinos de la República. Un partido capaz de dar a Cuba hombres de Estado. Capaz de invalidar el parasitismo de las acambras amañadas y el de los comicios fingidos. Y en su campo, no consentir los rosales estériles que no dan flores de libertad y de progreso.

*Marzo, 1921*

